

ct

Los malditos

de
Raúl Hernández Garrido

(fragmento)

DRAMATIS PERSONAE

COMANDANTE
SARGENTO
NIÑO

TANIT
DENIT
CARNIT

LICENCIADO
MORENO
HOMBRE

LA ACCIÓN

*La Selva, en una isla,
tan lejos de cualquier parte.*

UNO.

(La selva es un espacio vivo y mórbido. El aire es tan irrespirable como denso: se podría atajar con el filo rudo de un machete. El calor es sofocante. La luz enceguece con un intenso resplandor difuso que aún así no tiene fuerza suficiente para iluminar los objetos más cercanos.

El NIÑO, unos doce años escuálidos y hambrientos, apenas cubierto por harapos, restos de viejos uniformes, y todo ojos, golpea un coco contra unas rocas. Una y otra vez. No obtiene ningún resultado. Comienza de nuevo. Una y otra vez. Finalmente, contrariado por no poder resquebrajar su corteza, arroja el coco con fuerza contra el suelo. EL NIÑO oye ruidos. Se oculta.

Un hombre de unos cansados cincuenta años, el SARGENTO, vestido con un desmañado traje de campaña, examina el suelo. De la maleza extrae con cuidado un cepo en el que se revuelve atrapado un animal escuálido, un montón de pelo y piel, que ya poco tiene que ver con un conejo. Con la navaja, le hace un corte preciso en el cuello, y el animal cesa con un estertor sus movimientos convulsos. El SARGENTO se sienta en una roca. Deja de pie el fusil, en el suelo, apoyando el cañón a su espalda, y comienza a despellejar el conejo.

Sin soltarlo, busca dónde hacer fuego. Apila ramas, maleza, en un claro que ha hecho entre la hierba. Saca un mechero de yesca. Con sumo cuidado, lo enciende, y se aplica a encender la hoguera.

Arrastrándose como una alimaña, el NIÑO se extiende hasta tocar el fusil, y sigilosamente lo atrae hacia él. El SARGENTO se levanta, arruinándosele la llama del mechero sin haber encendido el fuego, y de una patada deja fuera del alcance del NIÑO el arma. Carrera desesperada entre el SARGENTO y el NIÑO por alcanzar el fusil. Es el NIÑO el que llega antes. El SARGENTO para detenerle le pisa la mano, pero el pequeño, reprimiendo el dolor, no suelta el fusil, y de un tirón, se hace con el arma, apuntando al SARGENTO. El chico se ríe como un demente. Una risa corta y quebrada.)

SARGENTO

Tranquilo, hijo, tranquilo. Cuidado con lo que haces, ten mucho cuidado. Nadie te va a hacer daño. Eso es, baja el fusil. Se podría disparar. A nadie le gustaría que se disparara. ¿Cómo te llamas? Tranquilo. Es raro ver a alguien por aquí, ¿sabes? Puedes caminar días y días por la selva, puedes vagar por una vida entera entre tanta vegetación sin ver un alma. Eso no es nada bueno. Puedes no ver a nadie, pero eso no significa que no haya alguien más, escondiéndose, acechando. Ahora, por ejemplo, quién sabe, oculto en la espesura. Con un fusil, uno como ése que tienes tú entre tus manos; un fusil emboscado apuntándote a la cabeza. O a los cojones. Crees que los tienes bien puestos, ¿eh? No querrás perderlos, ¿eh? ¿Vas a seguir apuntándome con ese fusil? Eres valiente. Baja el arma. No te haré nada, hablaremos tú y yo, y las cosas irán bien. Porque no querrás encontrarte con una bala entre los ojos. Es algo que yo no querría para mí. ¿Te crees que no hablo en serio? Fíjate, las ramas. ¿Escuchas? Eso, así. No el ruido de la selva, por debajo de su ronroneo. Por debajo. No es el viento. No hay viento, no puede ser. No soy yo. No eres tú. Shhh.

(El NIÑO mira a los matorrales, y el SARGENTO aprovecha para, de un manotazo, quitarle el fusil, y con un puñetazo tenderle en el suelo. El SARGENTO se echa encima de él, inmovilizándole.)

¿Quién eres? ¿De dónde sales? Respóndeme. ¿No tienes lengua? Te voy a partir la cara... Mierda de crío... ¿Sabes lo difícil que es hacer fuego aquí? ¿Cómo voy a meterle el diente ahora a esto?

(PAUSA)

Habla.
Llevas dos días siguiéndome.
Habla.

(PAUSA)

Te queda mucho que aprender. No es tan fácil seguir a alguien, no es tan fácil. No es simplemente echarse a andar tras sus pasos. Ir callado, en silencio, es cometer el mayor error. No se te había ocurrido, ¿eh? Todo suena en la selva. Ir en silencio es como ponerse campanillas en los pies. Tú que vas a saber. ¿No quieres decirme quién te manda? Duele, ¿verdad? Más te dolerá si no obedeces.
¡Habla!

NIÑO
Quiero ir con el Comandante.

SARGENTO
¿El Comandante?

NIÑO
Usted es uno de los suyos. Lo sé. Quiero unirme a su tropa. Quiero ser uno de los soldados del Comandante.

SARGENTO
No conozco a ningún comandante.

NIÑO
Mire, la corneta. Cuando la encontré estaba oxidada. La he limpiado con arena. Ahora brilla como nueva. Yo seré corneta para mi Comandante.

SARGENTO
Aquí no hay ningún comandante.

NIÑO
Yo le he visto. Caminando de noche por la selva, irguiéndose y sobresaliendo por encima de los árboles. Una cabeza cortada en cada mano. Seguro que hace falta un corneta en la tropa del Comandante. Yo seré el corneta del Comandante. ¡Yo le he visto!

SARGENTO

Tú no has visto nada.

(El SARGENTO empuja al NIÑO y le deja tendido en el suelo. El NIÑO se queda quieto, arrebujado en el suelo.)

(PAUSA)

Levanta. Esto es la Selva.

(El SARGENTO levanta al NIÑO, que se encontraba dormido.)

Duerme cuando yo haga guardia, nunca cuando estés solo, o cuando yo esté dormido, o me haya dado la vuelta. Aprende a controlarte. Si no sabes cómo manejar tu cuerpo, poco más vas a poder hacer. Gritabas en sueños. Se te oía desde muy lejos. Si hay alguien por aquí, ya te habrán oído.

NIÑO

Tengo la boca seca.

SARGENTO

El río está amarillo. No hay agua. Beberás cuando estemos más arriba, donde las aguas estén limpias.

NIÑO

¿Cuándo contactaremos con el Comandante?

SARGENTO

Tu Comandante, ¿lo entiendes?, tu Comandante, no existe. Aquí no hay ningún comandante.

DOS.

(Luz cegadora: un claro en medio de la Selva. Talados los árboles, cruelmente, sin ninguna compasión, formando un círculo gigantesco de naturaleza mutilada. Ruido y alboroto. TANIT y DENIT, piel oscura, baja estatura, anchas espaldas y las metralletas echadas al hombro, cruzan corriendo el espacio, bajo la lluvia, exhalando frases a voz en grito.)

TANIT

¿Cuántos hay ahí?

DENIT

Centenares. Hombres, mujeres, niños, ancianos.

TANIT

Aún responden a la llamada de su Comandante.

DENIT

Están aquí. Cientos. Esperando la palabra de un hombre. De un solo hombre. Buscando protección.

TANIT

Como si él se la pudiera dar.

DENIT

Traen comida.

TANIT

¿Nada más?

DENIT

La piel colgando sobre los huesos. Nada de valor.

TANIT

¿Tú crees?

DENIT

No tienen donde esconder nada. Desnudos. Desnutridos. Esqueléticos. Se les ven las entrañas. Y aún así nos traen comida mientras ellos se mueren de hambre. Para su Comandante. Para nuestro Comandante.

TANIT

Para nosotros.

DENIT

Para nosotros, como soldados de su Comandante. Privan de comida a sus hijos y nos la dan a nosotros.

DENIT

Tienen miedo.

TANIT

Que lo tengan. Vamos a darles motivos.

Diviértete un poco. Maltrátales, insúltalos. Diles que cumples órdenes de su Comandante. Que su Comandante les llama cobardes y ladrones. Que su Comandante no acepta limosnas. Que ni él ni nosotros, sus hombres, nos dejamos comprar con sobras que ellos se avergonzarían de echar a sus cerdos. Fuerza a las mujeres. Utiliza el cuchillo.

DENIT

¿No se rebelarán? ¿Y si huyen?

TANIT

No lo harán. Se quedarán acobardados esperando que caigan sobre ellos los golpes. Desde hoy, amigo, vivirán del miedo. Y tendrán una idea muy diferente de lo que es su Comandante.